

Chip Cheek

Tormenta
en
Cape
May



Lumen

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks

@lumeneditorial



@siguelumen



@editorial_lumen

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Katie

Desde el momento en que se declaran su amor, ninguno de los dos ve al otro sino a través de una máscara, y el engaño suele realizarse por ambas partes con tal habilidad, y descubrirse después con tal brusquedad, que ambos tienen motivos para sospechar que alguna transformación ha tenido lugar en la noche de bodas, y que debido a una extraña impostura, como en el caso de Jacob, se comprometieron con una persona y se casaron con otra.

DR. SAMUEL JOHNSON,
The Rambler, n.º 45

1

Las playas estaban vacías, las tiendas estaban cerradas, y al anochecer no había luz en ninguna de las casas de New Hampshire Avenue. Effie llevaba meses hablándole de aquel lugar y de todas las cosas que harían allí, pero ella solo lo había conocido en verano, y ahora estaban a finales de septiembre. No había entendido lo que significaba «temporada baja». Habían ido desde Georgia en un tren nocturno. Se suponía que iban a pasar allí dos semanas, en su luna de miel.

—Me encanta —dijo Henry la primera noche—. Es como si tuviéramos todo este sitio para nosotros solos.

Effie se rio al oírlo. Y un minuto después se echó a llorar.

—No pasa nada —dijo—. No pasa nada, en serio. No me mires con esa carita. Estoy cansada, eso es todo. —Le sonrió—. Me alegro de que te guste. Nos lo vamos a pasar de maravilla.

Antes de ese viaje, Henry nunca había estado más al norte de Atlanta, y nunca había visto el mar. Effie y él se habían criado en la pequeña localidad de Signal Creek, a una media hora al este de Macon, y en primavera habían terminado sus estudios en el instituto Thomas E. Cobb, promoción

de 1957. Él tenía veinte años —como mucha gente procedente del campo, había empezado a estudiar tarde—, y ella, dieciocho. Ambos, por lo que sabía Henry, eran vírgenes.

Con el taxi que habían tomado al llegar a la estación pasaron junto a un puerto donde se veían un montón de mástiles, y el mar, detrás, se agitaba, turbio, inmenso, manchado de la espuma blanca que producían las olas. Allí doblaron hacia una zona residencial llena de frondosos olmos, y allí estaban las majestuosas casas victorianas de las que le había hablado Effie: casas de vivos colores, con sus gabletes de pizarra y sus torres cónicas, sus miradores y sus bandillitas de hierro forjado, sus porches adornados con sofisticadas molduras, sus pérgolas que se abrían hacia las aceras, sus crisantemos en flor. En New Hampshire Avenue, las viviendas eran más sencillas: casitas de una o dos plantas que no habrían llamado la atención en Signal Creek, salvo por sus colores. Una de ellas era la casa de la tía Lizzie: de color rosa claro, de dos plantas, con un gran porche delantero que daba a un jardín lleno de flores muertas. Resultaba bastante decepcionante. Pero cuando salió del taxi y oyó el mar a tres manzanas de allí, su rugido susurrante y profundo, a Henry le pareció que acababa de empezar su verdadera vida, y que todas las puertas estaban abiertas para él. Cogió a Effie en brazos —ella chillaba y se reía— y cruzó con ella el umbral.

La casa parecía distinta, dijo Effie cuando él la dejó en el suelo. No había estado allí desde hacía tres años, desde el verano anterior al fallecimiento de su tía Lizzie. Los muebles de mimbre eran nuevos. La estufa de gas, la nevera y el

congelador eran comodidades de las que allí nunca habían dispuesto. Aquellas cosas le perturbaban. En el segundo piso había cuatro dormitorios —que también tenían un aspecto diferente—, pero ella insistió en que durmieran en la buhardilla, donde dormía siempre cuando era niña. Al llegar a lo más alto de las escaleras, corrió una pesada puerta de cristal y entraron. Aquel espacio, por suerte, no había cambiado lo más mínimo. La pronunciada inclinación de las paredes, las vigas vistas de madera... En el centro de la habitación había una cama individual, una cómoda y un polvoriento tocador con su espejo. En un rincón había un arbolito de Navidad muerto, entre cuyas ramas todavía quedaban unos trozos de espumillón. Effie también se acordaba de ese arbolito. Se arrodilló para abrir las ventanas, que estaban al nivel del suelo. Desde allí se podía ver el océano por encima de las casas de enfrente. Henry se agachó para echar un vistazo.

—Sé que es un sitio un poco peculiar —dijo Effie—, pero no te importará complacerme, ¿verdad? Solo por una noche...

Podría complacerla el resto de su vida, quiso decirle él, pero Effie siempre se reía ante las manifestaciones de sentimientos profundos; de hecho, había estado toda la boda a punto de echarse a reír. Lo que hizo para evitarlo fue besarla y apoyarle la mano en el muslo, y su cuerpo empezó a bullir. Después de tantos meses de expectación, allí estaban. Se conocían desde niños, de la iglesia y del colegio, aunque durante la mayor parte del tiempo a ninguno le gustaba particularmente el otro. Él la veía de pie, delante de la pizarra, en la clase de cuarto de la señora Mobley, con

sus merceditas y sus medias blancas, copiando una frase de los salmos. Era la hija menor del alcalde Tarleton, una mocosa muy presumida. Y él, uno de los chicos de «por ahí», de esos que vivían en las afueras de la localidad. Y ahora estaban allí, juntos y solos. En New Jersey, nada menos.

Ella posó la mano sobre la de él.

—Deja que me dé un baño primero —dijo.

No ocurrió en la buhardilla, que estaba llena de recuerdos, sino en uno de los dormitorios redecorados del segundo piso. Escogieron uno empapelado con un estampado de rosas. Él corrió las cortinas. Ella acababa de salir de la bañera y se quedó quieta, de pie, mientras él le desataba el cinturón y dejaba que la bata se deslizara desde sus hombros. Hasta entonces, lo poco que habían hecho había sucedido en algunos momentos breves y especiales: una tarde, en un meandro del arroyo, cuando él le había bajado los tirantes del bañador y le había visto los pechos por primera vez; una noche, poco después de comprometerse, en el asiento trasero del Buick de ella, cuando él le había metido la mano por debajo del vestido y Effie se había dejado. La suavidad de la piel más arriba de las medias, el elástico de su ropa interior, el aroma que se le había quedado en los dedos...; todos los detalles estaban grabados a fuego en su memoria y al mismo tiempo toda la escena le parecía irreal, como si la hubiera soñado. Ahora, en aquella habitación en penumbra, un domingo a primera hora de la tarde, cuando lo habitual habría sido que estuvieran cenando con sus familias, vestidos con la ropa que reservaban para ir a la iglesia, Effie yacía desnuda sobre el edredón estampado de rosas. Miró hacia otro lado cuando él se desabrochó los

pantalones y los dejó caer al suelo. Luego, tras dudar un momento, Henry se quitó los calzoncillos y se metió en la cama junto a ella. Se besaron durante un minuto, piel contra piel, suave, tranquilamente, y después más excitados, hasta que él se tumbó encima de ella, lo que le impedía ver bien qué hacía. Vacilaba, buscando a tientas en la entrepierna de Effie, y de repente ella miró hacia abajo, le cogió el pene con mucha delicadeza, lo colocó en el lugar adecuado..., y entonces, en un instante, sintieron una intimidad mucho más profunda. Él contuvo la respiración. Ella se quedó quieta. En unos segundos, todo había terminado.

Después estuvieron un rato acostados el uno junto al otro, mirando al techo. Henry se preguntó si se sentía irreversiblemente cambiado.

—Bueno —dijo Effie—, pues parece que ya lo hemos hecho.

Más tarde, mientras paseaban por la playa cogidos de la mano al atardecer, apenas hablaron. No tenían mucho que decirse. ¿Qué se podía decir? Ahora ya se conocían, en el sentido bíblico. Él le sonrió; ella le devolvió la sonrisa. Effie llevaba un vestido que se había puesto muchas veces para ir al colegio, antes de que a Henry se le hubiera pasado siquiera por la cabeza la idea de salir con ella, y a él le resultó extraño que Effie tuviera un aspecto tan familiar: era al mismo tiempo la chica a la que había conocido en los pasillos del instituto Thomas E. Cobb y la chica a la que acababa de conocer, mucho más íntimamente, en Cape May, New Jersey. Su esposa. Con la que ya había vivido una situación bastante bochornosa: habían dejado manchado el edredón estampado de rosas. Pero Effie, gracias a Dios, ha-

bía sido lo bastante razonable para reírse de ello, y le había pedido que le llevara corriendo una toalla. Él se sentía muy agradecido.

En el paseo marítimo se pararon un momento y se quedaron mirando el mar. Las olas se rizaban y rompían, una tras otra, en una sucesión infinita. Había tanta agua que era increíble que no los engullera. El día estaba nublado y soplaban un viento frío. Las gaviotas revoloteaban sobre ellos, chillando.

—Qué raro se hace... —dijo Effie—. En verano, esto está abarrotado de gente.

Señaló un espigón que se internaba en el mar desde el paseo marítimo, al final del cual había una galería comercial con salas de juegos y locales de música, dijo, donde sus amigos y ella solían pasar toda la tarde, hasta que se encendían las luces. En el paseo marítimo siempre había espectáculos de acróbatas y forzudos, puestos donde vendían algodón de azúcar y unos caramelos con sabor a agua marina, y chicos practicando surf en las olas.

—Entonces tendremos que volver en verano —dijo Henry.

Ella volvió a cogerle de la mano y continuaron bajando por el paseo marítimo en dirección al pueblo. En Beach Avenue, a su derecha, las tiendas tenían las persianas bajadas y las luces apagadas, y en los escaparates se veían unos carteles que rezaban: CERRADO POR FINAL DE TEMPORADA. ¡VOLVEMOS EN MAYO!

Al final encontraron una cafetería abierta y se acomodaron en una mesa junto a la ventana. El camarero era un chico con un acento que Henry solo había oído en la radio, y

se preguntó si se daría cuenta de que acababan de hacer el amor.

—Si sois de tan al sur —preguntó el chico—, ¿por qué no habéis ido a Florida?

—Porque esto es muy bonito —contestó Effie.

Henry pidió pastel de carne, y ella, pescado y patatas fritas. Mientras se metía la libreta de notas en el bolsillo trasero del pantalón, el chico añadió:

—Bueno, si lo que queríais era escaparos del mundo, habéis elegido el sitio adecuado.

Cenaron en silencio.

—Estoy muy contento de estar aquí —dijo Henry.

Aquella noche decidieron acostarse pronto; regresaron a casa y subieron a la buhardilla. Todavía no eran ni las ocho.

Ella se puso a rezar como lo hacía su abuela: de rodillas, al lado de la cama, con las manos juntas, murmurando para sí. Henry miró hacia otro lado. El camisón que llevaba Effie dejaba intuir sus pechos al aire, pero cuando acabó de rezar, parecía estar envuelta en un aura piadosa, lo que mitigó el deseo de él. Ella lo besó y le dijo:

—¿Te parece bien que nos pongamos a dormir y ya está? Su expresión devota lo irritó.

—Sí —dijo—. Yo también lo prefiero.

En la oscuridad, Henry unió las manos sobre el pecho y comenzó a rezar en silencio. Dio gracias a Dios por el día que habían pasado. Rezó por su felicidad y por su futuro. Rezó por ser un buen marido. Después se quedó muy quieto, en su lado de la cama, escuchando el sonido del viento y de las olas que entraba por las ventanas abiertas. Tenía

gases, estaba preocupado por si se le escapaba alguno durante la noche, y deseó poder estar un rato a solas.

El día siguiente fue mejor. Llovía, pero estaban muertos de hambre y en la casa no había nada de comer, así que tuvieron que salir. Para cuando encontraron el colmado del pueblo, ya estaban empapados.

Resultó que sí había vida allí. Hombres de aspecto curtido con chaquetones de marinero, tal vez pescadores. Un grupo de cadetes de la Guardia Costera que llegaba del centro de entrenamiento, situado al norte de la localidad. Unos cuantos hombres y mujeres que iban de un lado a otro con sus paraguas, haciendo recados. Effie y Henry pasaron junto a una escuela de primaria, y al menos una de las ventanas estaba iluminada, aunque no vieron niños por ninguna parte. En el centro del pueblo, a unas cuantas manzanas de la costa, había varios comercios abiertos: una tienda de golosinas, una de productos textiles, el colmado de Washington Street y, al lado, una ferretería y una licorería. El anciano dependiente del colmado parecía tan contento de verlos como lo estaban ellos de verlo a él, y Effie compró un montón de cosas, como si fuera a preparar un banquete: un lomo de cerdo, medio kilo de merlán, una hogaza de pan, medio kilo de mantequilla, jamón y queso en lonchas, patatas, huevos, melocotones en conserva, ciruelas, manzanas, fresas... Quería que en la cocina hubiera de todo, y en abundancia. Cuando volvían hacia la casa, la lluvia se convirtió en un chaparrón, y echaron a correr, cada uno con una bolsa de comida en los brazos, cuyo papel se

iba volviendo cada vez más blando y oscuro. Al llegar estaban jadeantes y muertos de risa. Guardaron toda la comida y, luego, ya en la buhardilla, mandaron al cuerno los recuerdos allí encerrados, se quitaron la ropa mojada e hicieron el amor sobre una toalla de playa que extendieron en la cama.

Después, ella se quedó desnuda junto a él con toda naturalidad, como si ya fuera algo habitual.

—Siento haber estado tan triste ayer —le dijo.

—No estabas triste, Eff —contestó él. Su pene descansaba sobre el muslo de ella. Le gustaba verlo ahí—. Estabas cansada. Pero ya nos sentimos como en casa.

Ella asintió, moviendo la cabeza contra el hombro de él. Él no le veía la cara.

—Me parece rarísimo estar aquí de nuevo. No es como lo recordaba.

Él le dio un beso en la coronilla —todavía tenía el pelo húmedo— y le pellizcó el trasero.

—Bueno, ¿qué importa? Ahora estamos creando nuevos recuerdos.

Ella lo miró y le sonrió.

—Eres un encanto, Henry.

Lo besó dulcemente, muy despacio, y al cabo de un minuto él tenía otra erección, y aunque ella se resistió, juguetona.

—Ya te he dicho que me muero de hambre, Henry...

Le dio un empujoncito y se subió encima de él, y esta vez no les costó nada encontrarse.

Después de comer salieron al porche y se sentaron a contemplar la lluvia, fría y fragante, y Effie le señaló algunas

de las casas que había en la calle y le habló de la gente que había vivido allí en distintos veranos. Estaban los Wood, en la casa de enfrente, cuya hija, Betsy, a veces le había hecho de canguro cuando era pequeña. Al lado de los Wood, en una casa grande con el tejado estilo granero, vivía su amiga Vivian Healy, cuyo hermano mayor, Charles, había muerto en Corea. Unas casas más abajo, en su misma acera, en una mansión victoriana morada, vivía un matrimonio mayor que siempre había sido muy reservado. Effie no llegó a saber siquiera cómo se llamaban.

—De vez en cuando los veías andando por la acera cogidos de la mano, y te sonreían y te saludaban, pero nada más. Nunca iba nadie a verlos, ni hijos, ni nietos... Siempre estaban ellos dos y nadie más.

—Así seremos nosotros algún día —dijo Henry.

Effie soltó una carcajada.

—No digas eso. Es muy triste.

—¿Cómo que es triste? A mí me parece adorable.

Ella negó con la cabeza.

—No —dijo—. Me temo que tú y yo no estaremos tranquilos jamás. Vamos a tener un montón de polluelos.

—Que Dios nos asista —dijo Henry.

Effie le había dejado claro que quería tener cinco hijos como mínimo —todos chicos, a ser posible— y una casa en perpetua ebullición; así Henry y ella, cuando fueran mayores, estarían en el centro de un torbellino de vida (también quería tener perros). Y aunque a él los niños y los perros ni le encantaban ni lo horrorizaban —de hecho, las semanas previas a la boda se había inquietado al pensar en los proyectos de Effie—, ahora esos mismos proyectos le hicieron

sentirse ligero y durante unos momentos disfrutó de una radiante felicidad. Todo iba a salirles muy bien.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Effie.

—Por ti —contestó Henry.

—Para ya —dijo ella, y lo besó antes de que él pudiera decir nada más.

Tomaron un poco del brandy del tío George. En las instrucciones que les había dejado sobre la mesa del comedor, les decía que podían coger lo que quisieran del armario de las bebidas, pero que si se bebían más de la mitad de alguna botella, compraran otra, y les daba la dirección de la licorería de Washington Street.

—Tendríamos que dejar exactamente la mitad de cada botella —dijo Henry, y Effie se rio.

El tío George, el viudo de la tía Lizzie, vivía en Filadelfia y no era un pariente consanguíneo. Effie apenas se relacionaba con él, pero le había llamado para organizar el viaje y para saber cuándo estaría disponible la casa. Henry tenía la impresión de que a ella no le caía muy bien.

Effie cocinó el merlán para cenar —se le pegó a la sartén y quedó todo deshecho, pero estaba bueno—, y luego encendieron la radio. Encontraron una emisora que no tenía demasiadas interferencias, y bailaron «Chances Are» en el cuarto de estar. Después jugaron una partida de damas, que Effie ganó con bastante facilidad. Y rebasaron la marca que señalaba la mitad de la botella de brandy.

—¿Qué hará tu tío George? ¿Nos mandará una factura? —dijo Henry.

—Que se vayan al infierno el rey George y sus casacas rojas —dijo Effie—. ¡Salud!